

Desafíos y respuestas

Demetrio Boersner*



Durante el lapso abril-mayo de 2010, el *nuevo mundo* —al igual que el *viejo*— tuvo que encarar desafíos serios y buscarles respuestas adecuadas

En abril la OEA reeligió por aclamación, pero sin entusiasmo, a José Miguel Insulza para otro mandato como secretario general. No había otro candidato, en parte porque la OEA ha perdido prestigio y a ratos queda paralizada por *impases* en su seno.

El gobierno brasileño, cuya influencia diplomática sobresale, aspira liderar la política latinoamericana y caribeña a través de nuevos mecanismos que representen al conjunto de los países emergentes y en desarrollo del hemisferio, dejando de lado a las desarrolladas potencias anglo-norteamericanas. En esta estrategia, Brasil aúpa la acción antiyanqui del grupo de países *bolivarianos* o de la ALBA, liderado por Cuba y Venezuela, en la medida en que coincida con su propósito y le sea útil. Sin embargo, para no agredir seriamente al gobierno norteamericano con el cual en última instancia quisiera compartir, de igual a igual, la hegemonía hemisférica, Brasil suscribió, en abril, un tratado de cooperación en seguridad y defensa con los hombres del Pentágono.

En los primeros días de mayo, se reunió en Buenos Aires el organismo regional sudamericano Unasur. Para ganarse el respaldo de Argentina (que por su histórica rivalidad con Brasil a veces trata de torpedear iniciativas diplomáticas de éste), el presidente Lula apoyó la propuesta del grupo *bolivariano*, de que el ex presidente argentino Néstor Kirchner sea secretario general de Unasur, no obstante la desconfianza que su persona suscita entre los gobernantes latinoamericanos centristas o de centroderecha. Según la visión geopolítica brasileña, Unasur se enganchará posteriormente con mecanismos subregionales del Macrocaribe, para integrar políticamente a la totalidad de la América morena.

Es probable, sin embargo, que Unasur coordinada por Kirchner no será en definitiva el medio adecuado para crear un grande y duradero consenso latinoamericano y caribeño. No parece reflejar la realidad de una Latinoamérica cuyos integrantes se están moviendo en direcciones discordantes. Existe un fuerte grupo de países

que desconfía a la vez del radicalismo de los regímenes *bolivarianos* y de las ambiciones hegemónicas brasileñas. Los gobiernos de México, Centroamérica (con excepción de Nicaragua), Santo Domingo, Panamá, Colombia, Perú y Chile ocupan posiciones ideológicas de centro-derecha, de centro o de centroizquierda moderada, y por motivos de interés tanto económico como estratégico (seguridad) no desean correr el riesgo de alejarse de una relación de confianza y amistad con Estados Unidos.

Mucho dependerá de los diversos procesos electorales en ciernes. En el propio Brasil, es posible que en los comicios presidenciales de octubre resulte ganador el candidato de centro-derecha, José Serra, en lugar de la laborista Dilma Rousseff, a pesar de que ésta cuenta con el apoyo del muy popular Lula. En las presidenciales colombianas, la izquierda debilitada no tiene posibilidad de triunfo, y la escogencia está entre un Santos continuador de la política de Uribe, y un Mockus renovador en algunos aspectos pero de ningún modo radical ni socializante. Por otra parte, la influencia de mandatarios marcadamente pro-capitalistas como Piñera y Martinelli probablemente contribuirá a crear un amplio clima de cautela latinoamericana ante el concepto *OEA sin EE.UU.* que va asociado con el proyecto Unasur-Kirchner.

ESTADOS UNIDOS: DERECHA CONTRA IZQUIERDA

Luego de que Barack Obama mostrara su coraje y su consecuencia al someter su proyecto de salud pública a una riesgosa votación que ganó por escaso margen, Estados Unidos es un país claramente dividido entre bandos sociales y políticos de derecha y de izquierda. Por primera vez en la historia norteamericana, los legisladores de los dos grandes partidos actúan con disciplina, sin disidencias, en las votaciones sobre temas importantes. Los republicanos mantienen una sola posición reaccionaria, a favor de privilegios para los altos ingresos y negación de proyectos de equidad social, en tanto que los demócratas votan en bloque por proyectos que favorecen la intervención del Estado democrático para disminuir la desigualdad entre ricos y pobres. Se puede prever que esta clara *lucha de clases* no será permanente, pero transitoriamente es una buena experiencia para un país de tradición demasiado pragmática e individualista.

Experiencia saludable pero al mismo tiempo peligrosa. En torno a organizaciones que dicen defender la libertad individual, se han formando hasta milicias de ultra-derecha que sueñan con acciones armadas para *salvar la república del socialismo*. Se multiplican las amenazas de muerte contra el valeroso Presidente, a quien muchos cavernarios odian no sólo por su presunto so-

cialismo sino también por su condición de hombre de color.

Su nueva batalla se da en un ámbito de importancia vital: la creación de un sistema de supervisión y regulación de las cúspides de la estructura financiera e industrial privada, con el fin de evitar en el futuro la delincuencia de alto nivel empresarial que fue una de las causas de la reciente recesión aún no superada. Junto con ello, se plantea el combate por una ley de inmigración eficaz a la vez que respetuosa de la dignidad humana.

EUROPA EN CRISIS

Como ya se señaló en nuestro artículo del mes pasado, la crisis financiera de Grecia —país menos desarrollado de la Unión Europea y sin embargo obligado teóricamente a acatar sus más estrictas exigencias fiscales— ha causado una tremenda arremetida contra el sistema monetario europeo en los mercados financieros internacionales. El euro está en peligro de perder su credibilidad como moneda tan confiable como el dólar y, si los países petroleros del Medio Oriente le retiraran su confianza, caería en forma humillante. El Banco Central Europeo perdería autoridad y el FMI (dirigido por un europeo brillante pero con capital mayoritariamente norteamericano) volvería a *colonizar* las finanzas del Viejo Mundo.

Todo ello no sería realmente grave si los europeos no se encontraran, desde hace unos años, en crisis psicológica preocupante. Ya no saben cuál es su misión en el mundo ni sienten ánimos para desempeñarla. La desilusión, el desgano, el pesimismo y la amargura los dominan. Los partidos tradicionales están en su peor momento y están en ascenso el populismo de extrema derecha y la xenofobia. Con la honorable excepción de la señora Angela Merkel de Alemania, los actuales gobernantes europeos son grises o hasta mediocres. Ello es gravísimo sobre todo para los países en desarrollo, que necesitan de una Europa como la de hace quince o veinte años: una Europa autónoma, con voluntad propia y sentido de misión, propugnadora de la libertad política y, al mismo tiempo, de una economía mixta con equidad social.

*Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.